
LA CONSTANTE UNIVERSAL

Iván-Adriano

... y es entonces así que el Macro y Microcosmos tienen una constante universal que puede entenderse como la maniobra de un mago que en lugar de sacar conejos de su sombrero, saca otros sombreros iguales, y de estos otros, siempre los mismos, infinitos y eternos...

Rostopovck

La Otredad/Los infinitos

Impregnado aún del aroma de los nardos, el doctor Iro T-U-A 127 NP 2 Z decidió aquella mañana soslayar las bondades del retrotransductor molecular y abordar como cualquier otra persona la cinta continua. Premeditadamente sorprendido gozó del ligerísimo tirón del transportador individual, y su enorme mentalidad atrapó a la inercia como explicación condicionada del “quedarse-atrás-guardando-el-reposo”. Hubo de reconocer que el conocimiento cabal de su acontecer momentáneo era algo pulidamente inherente, añejamente aleado a su personalidad de mayúsculo. ¡Hasta su bien disimulada debilidad por las flores, que entendía como una reminiscencia sentimental heredada de quién sabe qué espíritu romántico, no escapaba al ajuste cibernético de su existencia!

El transportador individual incrementó su velocidad y pronto alcanzaría a la cinta continua. Iro repasó mentalmente el proceso: la puertecilla izquierda se abrirá y la luz insistirá en que pase lo más pronto posible... De cualquier forma había un poco de tiempo para gozar el espectáculo. La hebra del paisaje, bordada de araucarias minúsculas se sucedía cada vez más de prisa. Pasó el bosque de coníferas seleccionadas, alfombrado de alhelíes y en cuyo centro ofrendaban los magnolios sus flores de un día. Cima-Plata y el largo corredor de tulipanes se veían en la ventanilla como una tira de abalorios; sus

espléndidos colores iban, a medida que el carro igualaba la enorme velocidad de la cinta continua, convirtiéndose en una insípida raya blanca. — ¡Oh, los progresos! —suspiró Iro al mismo tiempo que distinguía el último vagón de la cinta y el altoparlante insistía: “¿Qué desea? ¿Qué desea?”, para agregar, casi en el mismo momento en que las velocidades de los dos vehículos se igualaban: “Pregunta no entendida. . .” Un “nada” seco silenció el aparato; la puerta se abrió y la luz verde invitó a pasar “lo-más-pronto-posible”. Iro se levantó del mullido asiento lanzando una rencorosa mirada hacia el sitio donde debía estar oculta la bocina y entró en el vagón tres. Apenas uno o dos pasajeros levantaron la cara para ver al recién llegado. El ruido al cerrarse la puerta del transportador y aquel sonido de eses prolongadas que precipitaba el vacío al retrasarse el individual, acompañaron al doctor hasta su asiento. El viaje, de más de seiscientos kilómetros, debería realizarse en poco menos de veinte minutos.

Hacía tiempo que Iro había decidido la notoriedad de este día. ¡Como que se estaba ante la evidencia de un paso grave y decisivo! Quizá esa misma antelación psíquica lo había hecho asistir —casi completamente— durante las últimas semanas al cursillo automático sobre la historia del mundo. Tal vez (más exactamente tal vez) su mente mecánica adquiriera ya una imperfecta cualidad premonitoria y hubiera previsto la solemne trascendencia del día en el género humano. Sonrió observando a los demás pasajeros enfrascados en sus lecturas y en sus soluciones de acertijos; algunos llevaban incrustadas en la oreja las populares fono-micro-enciclopedias. Pero todos eran particularmente ajenos, inconfesadamente aislados. El rasgo común con Iro, si es que existía, estaba limitado al compartimiento momentáneo de un vagón en el tren continuo.

La misma intuición psicológica adquirida en largos años de entrenamiento lo había hecho ver aquella mañana al cielo de un azul turquesa decididamente aluminado y le había llevado a los labios, vaporizado con teca, la cancioncilla de moda, “Ahoroca”, que tanto tocaban y silbaban, y que los eruditos con puntillosa precisión se esforzaban por emparentar con las antiguas fugas de Bach. Resultaba curioso ver cómo las modas, los peinados, los gustos, volvían una y otra vez en un ciclaje continuo, iniciado por el sol, empañados de la pleamar y dispuestos a desaparecer mañana sabiendo que revivirían el día menos pensado. La intuición psicológica pocas veces le había fallado. No le faltó el día maestro del interocitor y de la onamita; el de los cristales de rubí y el de los máseres en la aplicación del clima terrestre; el día, lluvioso por cierto, del gravitatómetro, etcétera, etcétera. Aportaciones —de ninguna forma descubrimientos o inventos que hubiera parecido personalismo— aportaciones suyas y de otros, o de otros y suyas, a este abigarrado acontecer humano. Iro T-U-A 127 NP 2 Z sintió llegar hasta él un dilatado y exquisito día, jamás tan dispuesto para lo mejor.

El lente televisado del vigilante recorrió la sala inesperadamente y sólo dos o tres pasajeros aparte de él se dieron cuenta. Iro bajó la cara simulando dormir. No quería que odiosamente apareciera por la lateral algún guardia de los de Seguridad y se sentara disimuladamente cerca, rogándole que le permitiera su compañía, perfectamente idiota en su papel de apenado número uno; de ser así, lo soportaría hasta las mismas puertas del Centro de Investigación Planketónica con aquella sonrisa de “es-usted-muy-valioso-para-viajar-solo-Señor”, y cuyos dientes inmaculadamente blancos continuaran diciéndole que como supermente que era el Estado le perdonaba sus extravagancias pero —de cualquier forma— aquí estaba él, acompañándolo en su dilución gremial en el tren que no paraba nunca. Sonrió aliviado cuando la lente lo pasó por alto en una segunda inspección.

Era altamente curioso que el análisis lógico y paralelo de los eventos fuera

tan similar: por un lado los Esex habían comunicado recientemente haber mandado una expedición no tripulada hacia el centro del Universo, en dirección de la Tierra, pasando por el espacio universal libre aunque no muy lejos del supraespacio terrestre. La decisión de los Esex, aquellos seres amigos del ultraespacio confinado, a los que nunca verían porque las máquinas cuantitativas señalaban del tamaño de volcanes, llegó casi en el mismo momento en que los terrestres decidieron enviar un artefacto similar hacia los Menox, el otro planeta lejano y extraño, parte tal vez de un microcosmos, que podía competir científicamente con el macromundo de los Esex y aun con la Tierra misma. Los Menox, de acuerdo con los últimos registros, no tenían aún una ubicación precisa. Los años pasados recogiendo y descifrando un lenguaje que por causas no bien conocidas y en pleno siglo XXVI llegaba mutilado, los hacía coincidir en los mismos guarismos de los Esex, aunque en el extremo opuesto, o como más perfectamente señalaron las computadoras: casi en el centro del Universo.

Los Menox serían, de acuerdo con las teorías planketonianas, seres infinitamente más pequeños que los terrestres, y ni qué decir de su tamaño comparado con los Esex, iera tan ridículo como comparar al sol con la cabeza de un alfiler! En fin, las máquinas no se habían puesto muy de acuerdo en los parámetros universales. Faltaban datos que tal vez fueran imputables a omisiones humanas. Tendría que existir una constante universal que a los Esex permitiera descubrir más mundos hacia las expansiones del Universo, y que a los Menox permitiera iquizás increíblemente! hacer contacto con algunos infra-Menox situados más allá de ellos mismos. Pero ésta era la última de las probabilidades. La mente de Iro la concebía como la sucesión infinita de las cosas, no real sino abstracta, cuando menos no tan real como estaba él, enfundado en su elegante chaquetón de tauxita azul plateado, con aquellos remedos de polainas blancas en piel de gamo, teniendo enfrente aquella sonrisa del “es-usted-muy-valioso-para-viajar-solo-Señor, permítame-acompañarle...” guardia de seguridad que se presentó complacido de atender al ilustre extravagante que prefirió el transporte común al magnífico e instantáneo transportador molecular. La presencia del vigilante le cayó a Iro como una bofetada, pero tuvo que soportarla condescendentemente a su lado mientras mortificadamente se preguntaba cómo la maldita máquina lo había identificado.

Conocida su condición de vigilado, la comida de la mañana, un guiso de mariscos raros que se le antojó y que el servicial transportador llevó desde la India hasta América, le regurgitó su acidez.

Aunque los Esex habían mostrado siempre una confianza sin límites en cuanto a las revelaciones que se permitían, originando que el concepto popular terrestre acabara por entenderlos como grandes seres bonachones que, a la manera del antiguo Santa Claus, sentaban en las piernas a los niños para preguntarles cosas y hacerles confidencias, todos los grandes cerebros habían estado de acuerdo en obrar cautelosamente en cuanto a las comunicaciones científicas para con ellos. La orden era decir sólo lo necesario y por ningún motivo transgredir la más mínima información, so pena de caer en graves sanciones que iban desde la simple supresión temporaria hasta la segregación indefinida en las terribles prisiones críficas. Igual consigna imperaba en las comunicaciones con los Menox.

La mente de Iro recordó en ese momento un hecho que había sido muy comentado unos días atrás: se trató de un antiguo reo que reveló involuntariamente información extra. Su descongelamiento se efectuó, por las computadoras psíquicas, hacía apenas tres meses solares, después de un tiempo total de segregación crífica de casi doscientos años. Por causas no precisadas, aunque cabía suponer un envejecimiento en las Computadoras Maestras del

programa de readiestramiento social, su condicionamiento no fue debidamente actualizado y hacía tres días que el infeliz cuerpo del otrora célebre indiscreto se encontró en el museo del sonido, donde se suicidó con la aplicación de un potente ultrasonido, en un descuido de las cámaras vigiadoras.

La velocidad era vertiginosa. Una raya verde que con toda seguridad sería un bosque. El cielo de un azul no turquesa sino más bien opalino. Las nubes que se movían extrañamente aprisa, y el enorme suspiro de Iro que le removió la añoranza de márgenes de río, de lagos transparentes, de mariposas, y de largos caminos de tulipanes caleidoscópicos.

Era maravilloso palpar los avances: la velocidad del sonido superada tan limpiamente como cuando uno cruzaba las puertas. Aquellas cabinas del tren continuo debidamente presurizadas que casi permitían todo aislamiento sonoro. Las luces fosforescentes. Las carreteras de acero que llevaban los vehículos de acuerdo con la aceleración terrestre, usando el remoto invento del plano inclinado. ¡Sí! , la gente era feliz. ¡Muy feliz!, casi tanto como el doctor Iro (descontando al guardia) en este preclaro día en que las fuerzas ocultas traídas del Centro-Universal, desde un lugar cercano a los Menox, iban a ser reveladas en las monstruosas cámaras de alto vacío, perfeccionadas por años, tratando de reproducir fielmente las condiciones exactas del sitio original, donde los Menox decían no existir, pero cuyos cálculos con toda seguridad tenían serias erratas, porque los terrícolas, en pleno siglo XXVI, con gentes como Iro T-U-A 127 NP 2 Z, ino se equivocaban nunca!

Las luces rojas se encendieron intermitentemente y una dulce voz recorrió el vagón. Los pasajeros que desearan bajar en Intelópolis debían abordar los transportadores individuales por las puertas laterales izquierdas. Un enorme sonido de mosco gigantesco, único hecho para el cual los oídos se mostraban todavía un poco molestos, acercó el carro. Iro se dispuso a abordarlo y el solícito guardia con su estrella de seguridad en la mano se ofreció a abrirle paso entre los cuatro o cinco pasajeros que se habían juntado en la puerta esperando que las velocidades se igualaran. Iro sintió la frustración de no ser como todos, mezclada con aquella veleidosa sensación de saberse importante. Sus polainas de gamo lo condujeron hasta el individual mientras acariciaba la tela de su hermosa y vidriada chaqueta.

Bajo miradas de respetuosa envidia Iro pensó en la paralelidad de los eventos. Resultaba extraño que por las mismas fechas en que los Esex habían decidido la exploración central, los terrícolas se dispusieran a hacer lo mismo. La noticia de que seres más grandes que montañas habían tomado la iniciativa no podía corresponder sino a la misma inquietud que Iro y un buen número de sus colegas sentían: la búsqueda y el encuentro de la Constante Universal. Aquel avance de unos extraños motivó bruscos cambios acelerativos en el proyecto "Eje", clave de nominación exploratoria y unos cuantos días después del anuncio de los macroseres, envidiosamente impulsada, salía la primera flotilla exploradora rumbo al espacio de los Menox. . . Aunque los Esex hubieran anticipado muchos años terrestres el envío de sus naves —y de esto había que dudar muy especialmente pues los Essianos tenían la despreciable costumbre de decir casi toda la verdad— la situación universográfica de la tierra permitió que se llegara primero. A resultas de todo esto, la valiosa muestra se encontraba ya en la Tierra desde hacía algunos días, en un lento proceso desvibrativo a fin de que los elementos encontrados no fueran a sufrir desintegración al no respetar sus primitivas condiciones excitativas. ¡Sólo faltaban unas cuantas horas para que las analizadoras revelaran la tan ansiada constante! ¡En el Universo del doctor Iro!

Los inersocitores trabajaban admirablemente sustrayendo la inercia de los

cuerpos celestes y aprovechándola como impulsores. Las coordenadas relativas einstenianas habían sido también ajustadas, la constante universal del tiempo encontrada casi un centenar de años atrás y aunque indudablemente las naves viajaban en un tiempo distinto cuando acercaban su velocidad a la de la luz, se había encontrado ya la forma de devolver el tiempo por espacio en una aplicación sencilla. “Después de todo sencilla”, razonó Iro, y el resultado era la igualdad del espacio, tiempo y movimiento en la antiquísima teoría del campo unificado. ¡Algo fantástico para la mente del hombre del siglo XXI, cuando había comenzado apenas su verdadero dominio del espacio! Y que el expositor de la clase de historia había recalcado el día de ayer presentando fotos tridimensionales con sus ridículos trajes aislantes y sus primitivos gorros espaciales llenos de risibles tubos que entraban y salían deformando el cuerpo esianamente. ¡Cómo había cambiado las cosas la gran guerra total! Los que lograron sustraerse a ella y no perecieron habían limpiado la faz terrestre de vestigios radioactivos, habían hechos islas paradisíacas artificiales y aderezado jardines en los desiertos. Habían conquistado a los cuerpos celestes conocidos del sistema solar U 31 A de la Gran Vía Láctea, superado las pasiones, reconstruido sus arterias, cimentado las nubes, dado hijos a los astros lejanos; cierto que todavía ninguna nave de las que surcaban los éteres lejanos y que se habían mandado con espermatozoides y óvulos liofilizados había llegado a su destino, pero de cualquier manera antes de tres años terrestres llegaría una y, por lo que se sabía, los magníficos adolescentes que la tripulaban, fecundados hacía diecisiete años y educados por computadoras, no tenían en nada que desdecir a esta nueva especie de homines. Los homines spacius crearon trenes que no paraban nunca, dominaron las enfermedades responsabilizando al calcio y al agua pesada, amén de otras cosas, como productores del envejecimiento. La tasa promedio de vida era de 225 años e Iro cursaba apenas un 167 aniversario. ¡Quién sabe si no en los próximos tiempos se descubriera cómo prolongar aún más aquella longevidad arrebatada a la muerte! Los viejos azotes de la humanidad: el cáncer, la arteroesclerosis, la explosión demográfica, el hambre, eran rarezas que consignaban los asimiladores de datos casi casi con una terrorífica incredulidad y que uno aisladamente veía, oía y leía en los fonovideos, con profundo asco, en noticias que merecían desplegados únicos. Aún las nuevas enfermedades no eran muy frecuentes: la acumulosis, término popular, era la causa más común de muerte. Esa imposibilidad del organismo para poder renovar sus moléculas, cambiando sus átomos por otros nuevos y que al fin de cuentas creaba círculos viciosos en los que los desechos no salían del organismo porque los mismos sistemas de expulsión estaban también resentidos; inexorablemente se acumulaba lo obsoleto y la carga de la imposibilidad conducía a una tranquila muerte que tenía ya la opción de poderse adelantar por el deseo del moribundo. ¡Esa tierra! Conquistó la herencia seleccionando las especies, removió los mares, transmutó los climas, creó el cine tridimensional participativo, refinó lo sexual borrando prejuicios absurdos y en fin. . . cuando el hombre moderno conquistó los planetas de su sistema y de otros por medio de ciborns, cuando empleó la cibernética con la misma facilidad que la palabra y parapetó edificios de más de mil pisos, aéreos y subterráneos, cuando conoció el fondo de los mares, reprodujo el relieve, abundó las cosechas, dominó los huracanes y movió grandes máquinas con la fuerza solar. Cuando pobló los polos y estableció contacto con los Esex, aquellos seres más evolucionados que los de los otros mundos y dignos por eso de tomarse en cuenta. Cuando escuchó allá como un susurro la voz de los Menox y después, con más fuerza, conoció su lenguaje. Cuando comparó las distancias de los seres encontrados con la suya propia y las halló paramétri-

cas, el transportador colectivo llegó hasta la estación siete de Intelópolis en los mismos momentos en que el guardia de seguridad respetuosamente se ponía de pie y adelantaba un brazo señalando a los demás pasajeros que bajaran después, para que a Iro, el gigante mental T-U-A 127 NP 2 Z, no le fuera a molestar la posible coincidencia aglomerativa de cinco seres en el umbral de la puerta.

Tras de vencer la gravedad y asumir el mando de la inercia, el hombre, Iro, sintió llegar hasta él un acibarado sentimentalismo atávico que le hacía marchar por la estación siete con paso retrasado y que le recordaba su mañana azul turquesa y su cierto grado de digestión de un exótico guiso de mariscos indios, reflejándole, en el vidrio pulimentado del piso, sus dos oquedades húmedas que dolorosamente comprendían que a pesar de sus grandes adelantos, de sus conquistas portentosas, de sus sueños reales, de su curiosidad innata de primate y de sus logros divinos, estaba, quizá él más que nadie, infinitamente en la soledad.

No fue un transportador ordinario el que precisamente lo esperaba en la puerta de la estación, ni Iro lo hubiera deseado. La extravagancia era un lujo en una sociedad como ésta y el doctor había tenido bastante, así que vio con agrado al carro especial del Centro Planketoniano aguardándolo. Se permitió, nacido de quién sabe dónde, obsequiarle una sonrisa al agente de seguridad que lo había acompañado y que se mostró evidentemente trastornado por este cumplido, deshaciéndose en balbuceos y gorgoritos que trataron de decir "gracias, Señor. Gracias".

Abandonado a su peso en el sedativo asiento posterior, vio encenderse la replicadora bi y aparecer la imagen de uno de sus ayudantes, muy apenado por haber interrumpido a su jefe en un momento de solacidez y disculpándose nerviosamente por no haberse anunciado en el parlante antes de invadir el coche con su visión. Debía de tratarse de algo importante. Iro dejó correr la mano suavemente, sin apremio, hasta alcanzar el botón de "permitido" mientras enarcaba las cejas. Escuchó que los Esex, en un comunicado que urgía una respuesta, habían llevado hasta su mundo, por retropropulsores fotocinéticos, una masa espacial desde casi el mismo centro del Universo, y que se disponían a analizar en breve, seguros de que en ella encontrarían la relación universal tan ansiosamente buscada. Pedían disculpas a los terrestres por la posibilidad, ya que la distancia era espantosa para darse cuenta exacta, de que hubieran invadido sus derechos espaciales y extraviado el rumbo de las rutas normales del espacio libre. Rogaban encarecidamente que se transmitiera a los Menox la misma noticia y disculpa.

¡Aquello era imposible! Iro T-U-A dio un salto en el asiento y ordenó al chofer automático que viajara a toda la velocidad posible. Lamentó repetidamente no haber usado el transportador molecular y pensó en la posibilidad de pararse en cualquier centro de investigación, identificarse y llegar instantáneamente al edificio de Estudios Planketonianos, pero el tiempo sería el mismo que haría el auto. Se tomó repetidamente las manos y las halló húmedas. Volvió a lamentar el pozo sentimental en que había caído abordando la cinta continua y la larga fila de tulipanes se le fue presentando extraordinariamente desacelerada, con un freno incrementado que le ponía delante, uno a uno, tulipanes de color azul, amarillo, violeta, y que Iro estuvo a punto de arrancar de su mente a la par que su estómago protestaba removiendo violentamente su exquisito guiso de mariscos indios que no hacía más de una hora había saboreado pacientemente.

Descendió del vehículo como una tromba, cruzó el corredor de lava volcánica, sedimentada y pulida, el patio de almendros, subió los escalones azul-tornasolados de piedra marciana, derribó casi a tres de sus ayudantes que lo



σ
Pan.

esperaban en el pasillo, devoró materialmente la estrechez de las piedras de aranqué y con la respiración jadeante se vio frente a un proyector tridimensional de largo alcance. Movi6 los botones que no debía, contagi6 de su frenesí a los miembros del personal y finalmente pudo pedir una urgentísima comunicaci6n directa con el lejano macroplaneta. Mientras la esperaba, advirti6 a sus ayudantes guardar silencio sobre lo comunicado. Su principal recibió 6rdenes de tratar por su lado otra comunicaci6n con los Menox, anticipándole que Iro era el único facultado para hablar. Que estuvieran listos los traductores cibernéticos, las registradoras, las programadoras y todo aparato de primera mano. Que se dejaran de usar los transportadores moleculares del laboratorio y que estuvieran dispuestos ya los inmensos reproductores universales porque el gas que habían traído (¿c6mo pudieron los Esex copiar nuestros inersocitores y retropulsores fotocinéticos?! ¡Porque era evidente que los habían plagiado!) debería ser analizado de un momento a otro. Se había esperado bastante y al fin de cuentas por unos cuantos átomos que no se hubieran desacelerado no se perdería gran cosa. ¡La Constante Universal estaba allí!

La comunicaci6n demor6 un buen rato. Parecía como si los Esex se regodearan en la contestaci6n con el impacto de su noticia. Era claro que la prisa había sido echada de lado. Al fin, la figura análoga de Iro (nunca el doctor pregunt6 su nombre) le lleg6 borrosa a trav6s del proyector. La imagen tridimensional fue haciéndose poco a poco más nítida. Iro T-U-A 127 NP 2 Z acudi6 a sentarse en el copiador e imagin6 su imagen captada con muchas dificultades en el lejanísimo planeta de los seres ingenuos como Santa Claus.

Las traductoras transmitieron un primer saludo del hombre de Esex. Una amplia sonrisa aparcaba siempre en sus labios y verlos sonreír era algo así como asistir a una sonrisa duplicada. Iro devolvi6 el saludo con gravedad y pas6 las palabras protocolarias completamente por alto. Dio la explicaci6n con relámpagos de nerviosismo, cort6 palabras y se agarr6 fuertemente de los brazales para disimular el temblor. El gran Esex lo dej6 hablar mirándolo bondadosamente. Iro sintió su vista taladrante, de entom6logo sabio, y cay6 en la cuenta de haber dicho varias palabras de sonido hueco. “Ellos, los Esex... podrían contar con nosotros... porque, si fuéramos a hacer lo mismo, desde luego que los primeros en ser informados serían...” Se interrumpió, el coraz6n cabalgaba en una cárcel de fuelles agitados, espasm6dicos, que dejaban sibilancias de huida en las espiraciones. Un resorte mental que tuvo el mérito de la fidelidad le hizo comprender cuán desprendidamente había ido tras el conocimiento científico, y qué poco había avanzado en el humano, hasta producir un Iro T-U-A casi autómata, ultraperfeccionado en la investigaci6n, con el quisquilloso espíritu de buscar siempre la raz6n física de las cosas antes que la útil y humana. El era simplemente el perfecto condicionamiento matemático, el prurito de reducirlo todo a guarismos computables. El doctor Iro, el mismo que hablaba atropelladamente y cuyas palmas sudaban en forma copiosa, el mismo a quien los Esex escuchaban paternalmente, con una doble sonrisa triunfal de seres más desarrollados, el que merecía un guardia especial cuando tenía la ocurrencia de viajar solo, amo y maestro de estudios planketonianos, cruzaba ahora su larga fila de tulipanes tornasolados, amarillos y verdes, en un pequeño carro que lo retornaba al punto donde había iniciado aquel día, bajo un cielo azul turquesa. Por un momento se le present6 ante los ojos el guiso de mariscos indios, y lo hall6 agrio, muy agrio.

La imagen tridimensional respondi6 inteligentemente un “aún-no-hemos-encontrado-nada-valioso”. Aquello cundi6 en la magia de seducir ingenuamente a Iro, evaporando la contrarréplica agresiva. El coraz6n le baj6 al trote y despu6s al paso corriente de calle. La respiraci6n cort6 sus ansias y el

“nada-valioso”, seguido de la confirmación de que los experimentos estaban por realizarse próximamente pero que aún restaba algo de tiempo y de que, en cualquier caso, los terrestres serían los primeros en saber de resultados “por la simple y sencilla razón de la amistad que nos une” abatió la angustia del doctor Iro.

El gran Esex comentó que había hechos importantes que condicionaban en forma indiscutible que los terrestres supieran más del asunto. (La máquina traductora sufría a veces espacios en blanco y algunas ideas del ser del otro lado de los mundos quedaban mutiladas.) Por ejemplo: Los Esex no tenían una luna del tamaño terrestre que les hubiera dado en los eclipses una sombra lo suficientemente grande como para poder estudiar la corona solar. El conocimiento del sol esiano no estaba por eso tan desarrollado. La universo-grafía era una de las disciplinas peor conocidas por ellos, y no fue sino hasta que vencieron su propia atmósfera y retornaron en sus naves a las condiciones naturales de no-gravedad, cuando pudieron “crear” sus propios eclipses.

La voz deslizaba lentamente las palabras. Era atrayente ver cómo la gran abertura de la boca dejaba escapar con leve movimiento de labios cada una de las sílabas que, no obstante el tamaño, se adivinaban descender suavemente por el espacio confinado y llegar hasta la sala de proyección tridimensional en que las traductoras esforzaban sus cintas buscando equivalencias, sinónimos, verbos, construcciones y órdenes gramaticales de primera intención que pudieran transcribir en toda su magnitud la lengua de los apartados Esex.

A medida que hablaba, Iro fue sintiendo una descarga de celos por aquel planeta lejano, maestro si quisiera, que según todos los cálculos terrestres estaba más allá de las márgenes del universo y que estaba también a punto de lograr, como ellos, la fórmula de la Constante Universal. Lo más tormentoso sin duda era la posibilidad de que dentro de poco tiempo, tal vez horas, el mismo personaje que ahora cortaba la comunicación con un ceremonial saludo, pudiera presentársele de improviso, miniaturizado y completo, diciéndole con una normal sonrisa que estaba aquí, en la tierra, viniendo desde el infinito gracias a que había encontrado primero la fórmula. Iro siempre imaginó la posibilidad al revés, y la siguió pensando cuando devolvió, con una maliciosa sonrisa, el saludo del Esex que se diluía en una maraña eléctrica de diversos colores.

Ya repuesto de la impresión, el gran Iro pudo ajustar nuevamente su emoción al extremo del cero. Una extraña efervescencia matemática lo recorrió de pies a cabeza y sus cálculos *a priori* le concedieron —en menos de cinco segundos— la ventaja y el triunfo.

Más tarde, la conversación con los Menox frenó un poco su entusiasmo. Los liliputienses centrales no afirmaron nada, eludiendo la pregunta de Iro y deshaciéndose en zalamerías. Iro, con una perspicacia recobrada y desprovista de emotividades, no dejó de advertir el dejo de sorna que se deslizó de los empequeñecidos labios del Menox Mayor cuando afirmó:

—Estamos seguros que los terrestres serán los primeros. . .

Iro tuvo la sensación de haber sido picado diestramente por un insecto al que le resultaba imposible materializar a un tamaño adecuado como para poder aplastarlo. Un melodioso sonido como de cristal quebrado fue lo último que oyó antes de cerciorarse por sus ayudantes de que los pequeños seres habían decidido dar por terminado el requisitorio. El mismo cristal le esparció los colores del Menox como un gran prisma.

El Estado Mundial fue inmediatamente informado en forma secreta de los últimos sesgos en el asunto de la Constante. Se concedió carta abierta para cualquier decisión. El Centro Planketoniano se convirtió en un maremágnum y las idas y venidas del personal acabaron por hacerlo un inmenso panal.

En las espaciosas salas que funcionaban a manera de vestíbulo de los gigantescos acelerados, Iro y otros prominentes daban instrucciones. Una larga serie de conexiones, palancas, indicadores, luces y sonidos suplantaron la calma. La Computadora Maestra pasó a hacerse cargo del programa tan pronto como los empeñosos humanitos dieron los últimos ajustes. El portentoso microscopio atómico estaría en condiciones de descifrar lo que revelara la difracción de los rayos W, aunque no era en ese momento necesario conocer la morfología de aquello que se estudiaba. Por eso, la primera sospecha de Iro fue más bien una respiración intrascendental suspendida que le rozó apenas sin alcanzar a tocarlo cuando la Computadora Maestra se negó a prescindir del examen microscópico.

Una compulsión febril se mantuvo en Iro durante los siguientes treinta minutos. Su brillante intuición psíquica empezó a dejar correr unas pequeñas grietas de desconfianza en el muro de su aplomo. Exigió se le comunicara a breves intervalos sobre el estado de los proyectores tridimensionales. Las agujas, los conos, las constantes y los magníficos discos de onamita se movían con la indiferencia de lo inanimado.

La cuenta de material perdido alcanzaba el 13.7 % de la masa total, lo cual podía muy bien representar una cantidad nada despreciable. Consecuentemente ciertos análisis dejarían de hacerse. Sólo faltaba esparcir la pequeña masa que se dejaba entrever como algo nebuloso a través de los gruesos vidrios. Los discos de onamita estaban listos para descender y aplastarla, si es que se podía hacer tal cosa con aquel tenue vapor traído del espacio de los Menox. Las fuerzas coercitivas serían rotas por fin para conocer la unidad de integración. La Computadora Maestra matematizó y exploró la energía de unión, calculó la masa, la cantidad de elementos, y en un sonido suave se dijo informada.

Con una sonrisa de triunfo, Iro T-U-A 127 NP 2 Z oprimió el botón que hacía descender la onamita. Se acercó a los cristales y creyó gozar el triunfo mirando aquel majestuoso acercamiento, lentamente implacable, de sabios desplazos. Un silbido agudísimo le taladró los tímpanos y la larga fila de tulipanes se le apareció perfectamente inmóvil, llena de tallos exhuberantes y de pétalos policromos. El microscopista refirió las imágenes a la Computadora y ésta había gritado.

Iro y los demás no salieron de su asombro cuando las borrosas fotos tomadas un instante atrás dejaban mostrar algo como muchos soles. Los parámetros mostraban algo increíble: ¡Sus rotaciones y traslaciones eran influidos por cuerpos minúsculos a manera de planetas! ¡Indudablemente que aquello no podía corresponder al gas universal! ¡Con toda seguridad hubo un error grueso! Iro encontró su mirada sospechosa devuelta en los rostros de los demás. Casi al mismo instante, con angustiada incredulidad, los proyectores tri pedían urgentes comunicaciones. Sólo Iro tuvo la honradez terrible de decir:

—Pensaba también en llamarlos; creo que empezamos a saber qué pasa.

En imágenes casi desbordadas de las máquinas aparecieron simultáneamente los Esex y los Menox. En medio del caos que empezaba a reinar, Iro escuchó el sonido ahogado de los cristales de onamita continuar su descenso. Escuchó al mismo tiempo el ruido ensordecidamente aumentado que debían hacer cristales de onamita millones de veces mayores que los terráneos, e imaginó a los Menox con sus pequeñas manos fuertemente apretadas sobre sus oídos. Tuvo conciencia por primera vez, al volver el rostro y mirarlos, de que los inmensos seres del ultraespacio confinado nunca tuvieron verdaderamente parecido con Santa Claus, sino que, por el contrario, eran satánicamente espantosos gesticulando desarticulaciones en una exigencia inconcebible.

ble en ellos, insultante. Los Menox parecían ahora los más indefensos, dispuestos a aceptarlo todo y a no cortar más (pero ya no habría un nunca más) sus conversaciones sin previo aviso. ¡Se habían traído el universo de los Menox, e igual cosa habían hecho los Esex con la Tierra, y los de más allá de los Esex y los Menox!

Los eventos se revelaron en un orden que no dejaba lugar a la reflexión de las cosas ocultadas, de los engaños mutuos, de la desconfianza, del “quiero-ser-el-primero”. El pánico, avasallador e implacable, hacía correr desafortadamente a la colmena humana. Un sudor frío resbalaba por la frente y las axilas de Iro. Los proyectores captaron los cuerpos simultáneos de muchos Menox e interminables Esex, como si hubiera dos espejos frontales y la vista devolviera las imágenes infinitamente multiplicadas. Todos los seres en el mismo espacio y en el mismo tiempo, esperando ser oprimidos por los cristales de onamita que les precedían en la sucesión de mundos. ¡Todos! ¡Mundo sobre mundo! Varados en los enormes vestíbulos de las máquinas desaceleradoras. ¡Todos buscando la constante! Dándose cuenta, al unísono de un grito congelado, de que, en una serie sin fin de embutidos, millones y millones inacabables de mundos usurpaban los gases centrales buscando constantes, y los llevaban dentro de increíbles máquinas para estudiar ia ellos mismos!

La versión auténtica del caos fue demoníaca. . . De nada sirvió a todos los Iros de todos los mundos correr animalmente y bajar la palanca para detener el avance de los discos de onamita. Una especie de destino celeste adquirió de pronto un poder destructivo vasto e irrefutable, omnipotente. Una fuerza superior a cualquier otra conocida, una energía de principio que acercaba los fines de las cosas se precipitó monstruosamente sobre todos los polvos e hizo disolver los mundos con un estallido de imperio.

Mucho después de esto, en un tiempo que había vuelto a recobrar su uniformidad y que se solazaba en ello, una molécula de hoja de araucaria derivaba en la nada cósmica. Ascendía por momentos en un soberbio desprecio a lo relativo y bajaba después maquinada graciosamente. Ondeaba y avanzaba para retroceder luego. Una segunda molécula de tautita, onamita, o quizá, de tallo de tulipán, se cruzó con la primera en un cierto punto de universo desintegrado, primitivo y pulsante. Tal vez, por extraña filiación de orígenes, iniciaron una especie de danza planetaria en el vacío sin orillas de aquel todo desintegrado. A veces era el tulipán el que ascendía para luego volverse y girar alrededor de su compañera, o a veces, la hoja de araucaria deslizaba sus zapatillas acróbatas al compás de una música insonora y de un ritmo sin tiempo. Su baile, en el interminable salón del universo, parecía un sonriente encuentro de consanguíneos.

Continuaron así por un corto tiempo más. Finalmente se separaron con una leve inclinación de cabeza y siguieron caminos opuestos. No había por qué darse prisa en encontrarse de nuevo. Ya sería otra vez, en el mismo tiempo y en el mismo espacio, ya que, por delante, en la inmensa pista de baile, condescendentemente aguardaban la eternidad y el infinito.